

KARISIMBI

SELVA Y MONTAÑA EN LOS VOLCANES VIRUNGA

En los confines de Ruanda, Uganda y el Congo la cadena de volcanes Virunga ofrece unas espectaculares montañas emergiendo decididas sobre un paisaje de cerrada selva tropical...



TEXTO Y FOTOS



Ricardo Hernani
(Bilbao, 1968)

Miembro del equipo de redacción de la revista *Pyrenaica*, es a su vez miembro de la *Royal Geographical Society* de Londres y del *Travelers' Century Club*.

Figuras esculpidas por la vegetación · AUTOR: TXEMA TORRES

El Parque Nacional de los Volcanes -creado en 1925- ocupa una superficie boscosa de 160 km² en el norte de Ruanda, colindando con el Parque Nacional Virunga en el Congo y el Parque Nacional Gorila de Mgahinga en Uganda, de cara a preservar la cadena de volcanes Virunga -una de las seis concentraciones de montañas más elevadas de África-, y muy especialmente el mayor de sus tesoros: la población de gorilas de montaña que popularizara la zoológica norteamericana Dian Fossey hasta su misterioso asesinato en 1985.

Dentro de los límites de la reserva natural ruandesa se alzan 5 grandes volcanes: el Gahinga o Mgahinga (3474 m), el Sabyinyo (3634 m), el Bisoke (3711 m), el Muhavura (4127 m) y, el más alto de todo el sistema, el Karisimbi (4507 m). Del lado congoleño destacan los volcanes Nyiragongo (3470 m) y Nyamuragira (3058 m), ambos extremadamente activos, así como el imposible Mikenno (4437 m); mientras que finalmente por el parque ugandés descienden las estribaciones septentrionales de 3 volcanes fronterizos

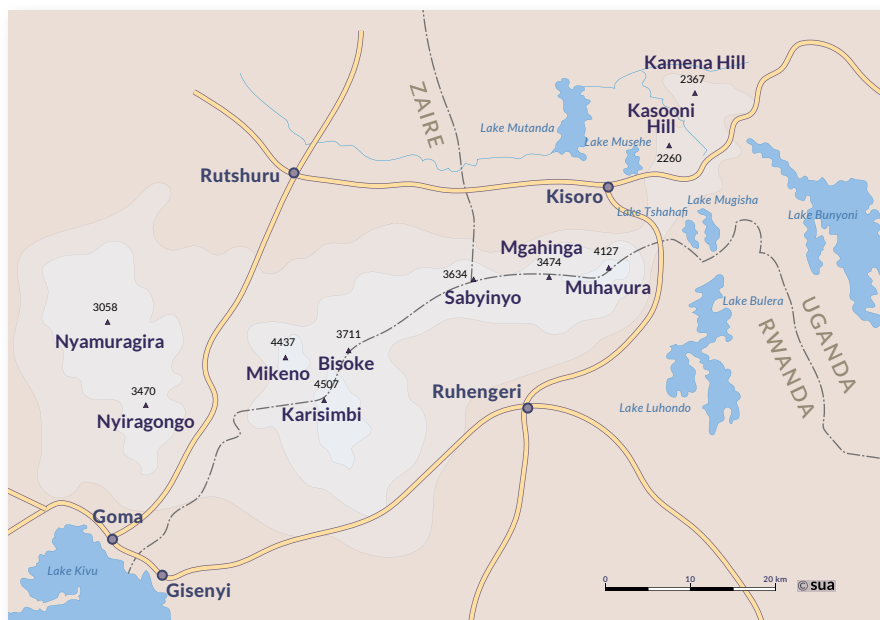
mencionados anteriormente: Gahinga, Sabyinyo y Muhavura.

La localidad de Musanze -anteriormente conocida por Ruhengeri- constituye la base de operaciones para quien desee internarse en el Parque Nacional de los Volcanes. Se encuentra situada a poco más de dos horas a lo largo de una carretera bien asfaltada que conviene no recorrer, como en nuestro caso, de noche. Aún bajo la total oscuridad de la noche africana son cientos las personas (¡y animales!) que caminan por los arcenes de la carretera por lo

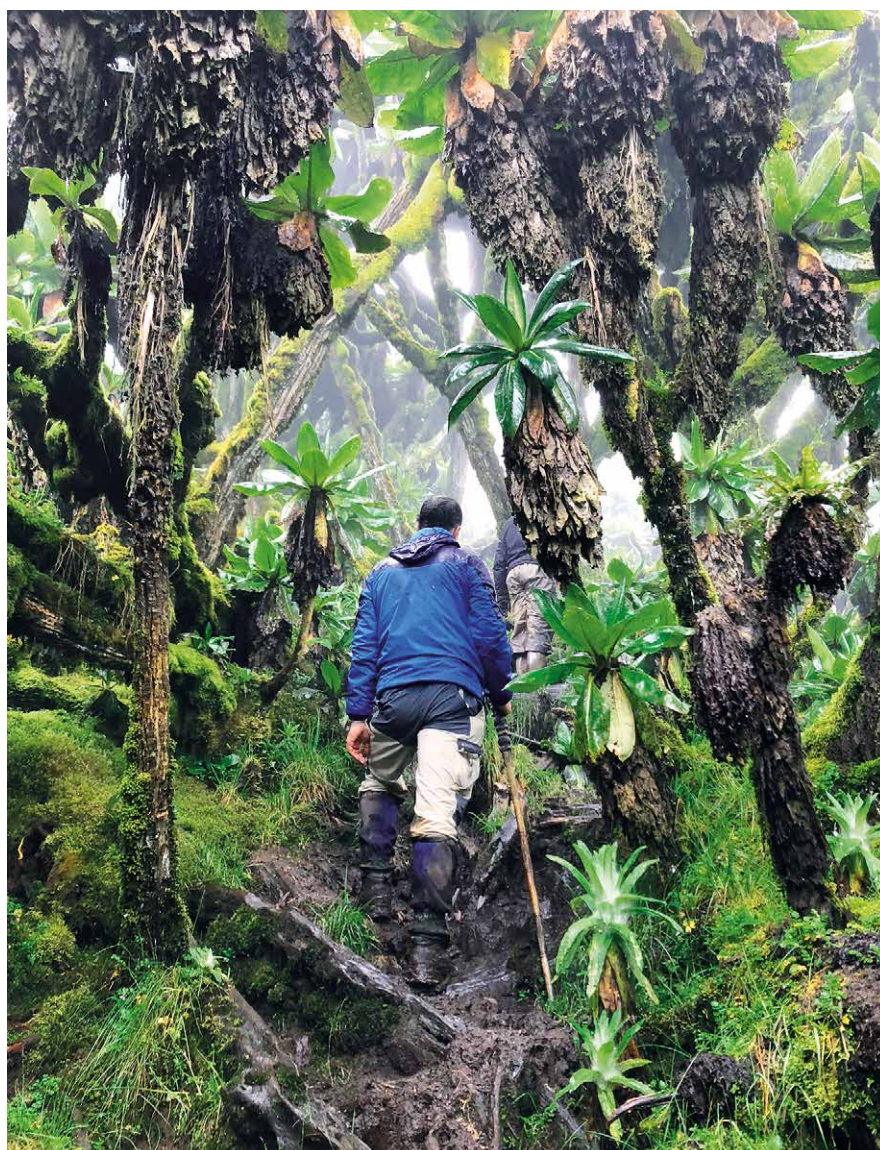
que las posibilidades de un accidente son relativamente altas.

Tras una reparadora noche en un modesto hotel de la diócesis local, arreglamos un transporte hasta las instalaciones del parque en la desperdigada población de Kinigi. El lugar se encuentra perfectamente organizado para la recepción de visitantes, que en su práctica totalidad se decantan por pagar los altísimos precios para el encuentro con los gorilas de montaña. Algunos grupos optan por seguir el fácil camino al lago situado en la cumbre del Bisoke, mientras que nosotros seremos los únicos que nos dirigamos al Karisimbi. Plácido –nuestro obligado guía– nos comenta que salvo en los tres meses de verano esta montaña apenas recibe la visita de un grupo al mes. La temporada de lluvias en la que nos encontramos espanta incluso a los más animados –que en ocasiones renuncian a medio camino– por lo que nos previene de lo que nos vamos a encontrar: agua, humedad y barro que en muchos tramos llegará a las rodillas. Nos recomienda también desechar las botas y polainas cambiándolas por unas katuskas, así como invertir en la comunidad local contratando un cocinero y algunos porteadores. Lo cierto es que nos hemos aprovisionado de comida energética por lo que renunciamos al cocinero, pero acordamos el uso de un par de porteadores locales para el acarreo de las tiendas de campaña y algunos otros artículos innecesarios a la espalda. De nuevo en el vehículo, este nos acercará por una pista destrazada al punto de partida, una aldea a un par de kilómetros conocida como Bisate donde nos recogerán de regreso en el parking de Kwamukecuru.

Son algo más de las nueve de la mañana cuando a la altura del bar local (2605 m / Oh) remontamos la única calle cuesta arriba hacia el WSW para enseguida girar a la izquierda en un cruce en el que de frente está indicada la dirección hacia los gorilas del Bisoke. Paseando entre campos de siembra desde los que nos observan con indiferencia los locales, nace al llegar a la última vivienda un sendero a la derecha que comienza a ganar altitud con rapidez junto a muros de piedra. Apenas ha discurrido media hora cuando el bosque nos engulle. Sorprende en este primer tramo la abundancia del eucalipto, que nos da una tregua cuando alcanzamos el acceso oficial a los límites del parque nacional; apenas una puerta de madera y una alambrada (0h 50 min) que cruzaremos para internarnos en la selva durante el resto de la jornada. Quince militares del ejército ruan-



Entre los senecios gigantes





La selva nos proporciona un largo descenso

dés nos esperan en este punto para escoltarnos hasta la cima. Unos caminarán delante de nuestro grupo mientras que otros lo cerrarán por detrás, desplegándose con posterioridad en cada claro que forme el bosque. Plácido nos comenta que tienen como misión protegerlos del búfalo, un animal sin excesivo sentido del humor; pero la realidad debe ser otra –quizás cazadores furtivos, o incluso extremistas hutus provenientes del Congo- ya que entre las armas largas que portan sorprende la presencia de una ametralladora y un lanzagranadas.

Utilizamos una trocha conocida como Bisoke hiking trail, la cual comienza a ofrecernos un adelanto de lo que vamos a tener que lidiar durante los dos días que dura el trekking: humedad, barro, raíces que sobresalen de los árboles y se entrecruzan en el camino, huellas y excrementos de búfalo, ortigas de gran tamaño... Nuestros acompañantes nos aconsejan paliar los efectos de su roce embadurándonos con el líquido blanco que escapa al quebrar hojas de aloe vera.

Quince militares del ejército ruandés nos esperan en este punto para escoltarnos hasta la cima

Llegamos de esta manera a un recodo en el camino (2960 m / 1h 20 min) habilitado con un par de bancos artesanales de madera. A mano derecha un sendero se aleja definitivamente hacia el Bisoke Crater Lake; mientras nosotros proseguimos de frente en dirección a la tumba de Dian Fossey.

Atravesamos así una zona donde destaca la envergadura de los árboles cuyas ramas y hojas dibujan formas espectrales. Pequeños troncos a ras de suelo evitan que caigamos una y otra vez en el agua que inunda el recorrido. El avance es lentísimo. Me viene a la memoria el título de la película de culto "Inferno verde" cuando alcanzamos una bifurcación (3080 m / 2h 25 min) entre el Dian Fossey trail que obviaremos y el Karisimbi hiking trail.

De frente nos esperan algo más de dos horas de lucha –hacia el SW como todo el itinerario- con el barro, el agua y una selva cerrada pero de una belleza inmaculada. Casi 200 especies de aves habitan estos parajes.

Finalmente salimos de la espesura (3350 m / 4h 50 min) debiendo cicatrizar varios y alargados claros de la selva desde los que se divisa nitidamente la inmensa mole del Karisimbi al frente. A nuestra derecha observa-

mos poco después (3470 m) el cauce de un notable curso de agua formando una bonita cascada. Son los prolegómenos del último esfuerzo que de nuevo por el bosque nos lleve hasta el cobertizo (3580 m / 6h 40 min) conocido como Karisimbi Camping site, apenas una techumbre sin resto alguno de paredes. El tiempo requerido para ganar un desnivel de 975 m en 10 km da una idea de la dureza de este recorrido durante la temporada de lluvias.

Nos esperan algo más de dos horas de lucha con el barro, el agua y una selva cerrada pero de una belleza inmaculada

Con la noche el mercurio desciende, las tiendas son precarias y el golpeteo de la lluvia resulta ensordecedor. El agua se cuele por todos los lados, lo que origina que a las cinco y media de la mañana –al levantarnos- uno de nosotros decida ya quedarse junto al fuego al encontrarnos bastante empapados.

El resto arrancamos hacia arriba (3580 m / 0h) con el guía y un par de soldados; son otros mil metros de desnivel en apenas 3 km y escasas referencias. Iniciamos la caminata a las seis y veinte de la mañana ascendiendo paralelos a una vaguada que queda a nuestra izquierda cuyo fondo no se vislumbra dado el tamaño de la vegetación. La ruta es aún

más dura que el día anterior ya que ataca la pendiente de forma directa y sin concesiones hasta la cumbre. Lluvia a intervalos, una lluvia que pronto se transforma en granizo justo en el peor tramo. Un duiker de frente negra huye por nuestra presencia.

Superamos la cota de los 4000 m mientras disfrutamos de las caprichosas figuras que esculpen los senecios gigantes (senecio keniodendron). Para nuestra sorpresa la selva no desaparece hasta sobrepasados los 4200 m, alternándose entonces una vegetación baja con roca y finalmente arena procedente de lava. Estacas de madera nos sirven a modo de innecesaria guía hasta alcanzar una cima (4507 m / 3h 50 min) y excelente mirador que en la actualidad deslucen una antena, curioso orgullo local... Nieva ligeramente. La panorámica sobre el descomunal Mikeno en el Congo es soberbia.

No permanecemos mucho tiempo, las condiciones son desapacibles y nos restan 2000 m de tormentoso descenso por pura selva... antes de que anochezca.

Nota.- De los 7 restantes volcanes Virunga, el Bisoke constituye la ascensión más asequible en unas 3 horas hasta la cumbre, mientras que el Mikeno resulta un auténtico desafío y el resto se mueve en horarios entre cuatro y seis horas de ascenso. Como curiosidad, el Mikeno permaneció durante 28 años sin ningún ascenso hasta agosto de 2011 cuando los montañeros Lewis Mudge, Pierre Peron y Cai Tjeenk Willink pisan su cima tras 3 días por la selva.

Una curiosa comitiva armada · AUTOR: JOTA ETXEBERRIA

